

rias; si merece la muerte, la sufrirá. Igual sentencia se expidió contra varios parciales suyos complidados en su pretendida conspiración; entre ellos se contó á Hernando de Argüello que habia escrito la carta á Vasco Nuñez, informándole del arresto de su mensajero, y aconsejándole que se hiciese al mar, sin cuidarse de las hostilidades de Pedrarias. En cuanto al vil delator Garabito, fue perdonado y puesto en libertad.

Examinando este hecho hasta donde alcanza nuestra posibilidad y valiéndonos de los imperfectos testimonios que han quedado de su memoria, nos sentimos inclinados á pensar, que las pasiones y los intereses particulares se interpusieron para desviar la recta administración de justicia. Pedrarias habia considerado siempre á Vasco Nuñez, como un rival peligroso, y



Ejecucion de Vasco Nuñez.

idad. Es probable, que hablara de esta determinación en presencia de Garabito y de algunos de sus compañeros. Nosotros hallamos su disculpa en la conciencia de su propio mérito, en la experiencia de los obstáculos que habia tenido que vencer, dimanados de ajenas rivalidades, en la confianza que le inspiraba su cargo de adelantado y la favorable disposición y buenas intenciones del soberano hácia su persona, y le absolvemos completamente de la insensata idea que se le supuso de rebelarse contra la corona. Y presentamos

aunque la envidia se modificó en él algun tiempo con la idea de que iba á ser su yerno, tomó mayor incremento desde que entendió que trataba de evadir su alianza y disputarle su autoridad. En su exasperación, avanzó demasiado, para poder luego retroceder; y habiendo abrumado á su prisionero de cadenas y de insultos, su muerte era indispensable á su propia seguridad.

Por nuestra parte no dudamos que la intención de Vasco Nuñez, despues de haber salido bien con la ardua empresa de transportar sus buques al través de los montes, era no obedecer ninguna de las caprichosas órdenes de Pedrarias, ni de otro cualquier gobernador, que tratase de paralizar una expedición tan meditada, y para la cual habia trabajado con tanta laborio-

título; el pueblo lloraba de pesar viendo el desgraciado fin de aquel hombre, que con sus brillantes hazañas los habia colmado de admiración y cuyas generosas cualidades habian ganado todos los corazones. Los mas le miraban como la víctima de un envidioso tirano: y hasta los que le creían culpado, reconocían en el crimen que se le imputaba cierta bravura y brillantez. Pero, tal era el miedo que se tenia á las severas medidas de Pedrarias, que nadie se atrevió á levantar la voz ni como murmuración ni como súplica.

El pregonero iba delante de Vasco Nuñez, gritando: —Este es el castigo impuesto por el rey y su teniente don Pedrarias Dávila, contra este hombre, por traidor y usurpador de los territorios de la corona.

Cuando Vasco Nuñez oyó tales palabras, exclamó indignado: «¡Mentira! Nunca semejante crimen halló cabida en mí. He servido al rey como leal sin pensar, sino en aumentar sus dominios.»

Protesta inútil para la salvación del héroe en aquellos momentos, pero que el pueblo creyó sinceramente.

La ejecución se verificó en la plaza pública de Acla; y asegura el historiador Oviedo, testigo ocular, que el cruel Pedrarias estaba oculto y en observación del sangriento espectáculo, detrás de las cañas de la pared de una casa, situada á doce pasos de distancia del patíbulo (1).

Vasco Nuñez fue el primero que sufrió la pena. Despues de haberse confesado y recibido los sacramentos, subió al cadalso con paso firme, y con tranquilo y varonil continente; su cabeza, colocada en el tajo, fue dividida instantáneamente de su cuerpo. Tres oficiales suyos, Valderrábano, Botello, y Hernán Nuñez, siguieron igual suerte, y estaba casi oscureciendo, cuando se decapitó al último.

Quedaba una víctima todavía; era Hernando de Argüello, condenado como cómplice, por haber escrito la consabida carta.

El pueblo no pudo contener por mas tiempo sus sentimientos: no se habian atrevido á interceder por Vasco Nuñez, sabiendo la implacable enemistad que le profesaba Pedrarias; pero, compadecidos de Argüello, buscaron al gobernador, y arrojándose á sus pies, le pidieron el perdon de aquel hombre, haciéndole pre-

sente que no habia tomado una parte activa en la traición de que se le acusaba. «El dia ha concluido, decían, y parece como si Dios adelantara la noche para impedir semejante ejecución.»

El duro corazón de Pedrarias, era incapaz de conmoverse. «No, dijo, prefiero morir, á perdonar á ninguno de ellos.» El desgraciado Argüello fue pues, conducido al tajo. El breve crepúsculo de los trópicos habia pasado, y con la escuridad de la noche apenas se distinguía lo que se hacia en el patíbulo; el pueblo se mantuvo silencioso y con oído atento hasta que el golpe del verdugo les advirtió que todo estaba terminado. Entonces se dispersaron con el corazón lleno de amargo pesar, retirándose á sus casas; y á aquel dia de horrores, sucedió una noche de lamentos y de lágrimas.

La venganza de Pedrarias, no satisfecha con la muerte de su víctima, le indujo á confiscar sus bienes y deshonorar sus restos, mandando poner su cabeza en un palo y exponerla por muchos dias en la plaza pública (2).

Así pereció á los cuarenta y dos años de edad en todo el vigor de su juventud y en medio de su gloriosa carrera, uno de los mas ilustres y meritorios descubridores españoles, víctima de la mas baja y pífida envidia.

¡Cuan vanas son nuestras lisonjeras esperanzas, nuestros espléndidos triunfos! Cuando Vasco Nuñez, contemplaba desde las montañas de Darien, el mar del Sur, figurábase tener ya á su disposición los desconocidos reinos situados en sus costas. Cuando botó al agua sus bajeles y cuando el viento empezaba á encher sus velas, para llevarlo al rico imperio del Perú, se burló de la predicción del astrólogo y desafió la influencia de las estrellas. Pero luego vemos interrumpida su carrera en el momento de partir; y entregado traídoramente en manos de su mas encarnizado enemigo, la empresa que le iba á coronar de gloria, se transformó en crimen, y entreabrióse ante él un sangriento é ignominioso sepulcro, casi al pié de la montaña, desde la cual habia visto extenderse el mar que habia descubierto. Su fin, como el de su famoso predecesor Colon prueba, cuan peligrosos son, á veces, los servicios demasiado grandes.

## AVENTURAS DE VALDIVIA Y SUS COMPAÑEROS.

(1512—1519.)

En el año 1512, Valdivia, regidor de Darien, fue por órden de Vasco Nuñez de Balboa, á la Española en busca de viveres y refuerzos para la colonia. Salió al mar en una carabela, y siguió su viaje con felicidad hasta avistar la Jamaica. Allí fue asaltado por uno de esos horribles huracanes, tan frecuentes en aquellas latitudes y arrojado contra los escollos y bajos, llamados las Vivoras, famosos desde entonces por los muchos naufragios que habian ocurrido. Su bajel se hizo mil pedazos, y Valdivia con los veinte hombres de la tripulación, se salvó dificultosamente en el bote, sin tener tiempo para sacar provisiones ni agua. Carecian de velas y estando casi inutilizados los remos se anduvieron errantes trece dias por aquellos solitarios mares, á merced de las corrientes. Es indecible lo que padecieron á causa del hambre y la sed; tanto que siete infelices habian perecido, y los restantes es-

taban enteramente extenuados, cuando llegaron á la parte del Este de la costa de Yucatan, en una provincia llamada Maya. Allí fueron cogidos por los naturales, que hicieron el bote mil pedazos y los llevaron cautivos al cacique de la provincia; quien mandó los encerrasen en una especie de gallinero.

Al principio, la situación les pareció tolerable, comparándola con los horrores de que se habian librado; pues, aunque apenas tenían sitio donde moverse, les daban de comer y beber con abundancia; con lo que empezaron pronto á restablecerse, y recobrar sus carnes y su vigor. Pasado algun tiempo, el placer de la buena comida se les volvió amarguras: el desgraciado Valdivia y cuatro de sus compañeros, á consecuencia de su robustez, fueron designados por el cacique, para ser sacrificados á los ídolos. Los naturales de aquella costa eran canibales: devoraban la carne de

estas consideraciones, en disculpa de su meditada desobediencia respecto de Pedrarias, aunque este cargo hubiese tenido fundamento.

### CAPITULO XXIX.

Ejecucion de Vasco Nuñez.

(1517)

DIA de tristeza y horror fue para Acla, aquel en que Vasco Nuñez y sus compañeros caminaron al pa-

(1) Oviedo, Hist. Ind. p. 2. c. ix MS.

(2) Oviedo, ubi. sup.

sus enemigos y de cuantos extranjeros caían en sus manos. De consiguiente, Valdivia y sus cuatro malhadados compañeros, fueron sacrificados en el sangriento altar de su ídolo, y sus miembros servidos en el gran festín que dió el cacique á sus súbditos.

El terror de los que sobrevivieron puede mejor imaginarse que describirse; helóseles la sangre en las venas al oír los gritos y ahullidos de los salvajes y convencerse de la horrible realidad de sus canibales orgías, mirando desde entonces con repugnancia la comida con que los regalaban, pues no tenía mas objeto que el de engordarlos para otro banquete.

Recobrados del primer estupor causado por la alarma, la desesperación acrecentó sus fuerzas, y lograron romper de noche la especie de jaula en que estaban metidos, huyendo á ocultarse en lo mas espeso del bosque: allí anduvieron vagando abandonados y expuestos á todas las miserias y trabajos de la soledad; muertos de hambre y temiendo aproximarse á las cabañas habitadas, por miedo de que los devorasen.

Obligáronlos, al fin, sus padecimientos á salir de los bosques y buscar otra parte del país donde hubiese mas recursos; pero, los volvieron á coger cautivos. Sin embargo, el cacique de esta provincia era enemigo del que gobernaba en la anterior, y mucho menos cruel: les perdonó la vida y se contentó con reducirlos á la condición de esclavos, exigiendo de ellos los trabajos mas duros: tenían que cortar y arstrar maderas, acarrear agua de grandes distancias y llevar enormes pesos. El cacique murió á poco de su captura, y le sucedió otro llamado Taxmar: era hombre de algun talento y de sagacidad; pero continuaba tratando á los cautivos con igual rigor. Poco á poco fueron pereciendo todos bajo el peso de tan insoportable trabajo, hasta que no quedaron sino dos; uno de ellos era un fuerte marinero, llamado Gonzalo Guerrero y el otro una especie de clérigo aventurero, llamado Gerónimo de Aguilar. El marinero tuvo la dicha de ser trasladado al servicio de otro cacique en la vecina provincia de Chatemal, el cual le trató con singular cariño. Era un verdadero hijo del Océano, acostumbrado á todos los climas y capaz de acomodarse á toda clase de vida, por lo que se conformó con su nueva posición; siguiendo al cacique á la guerra, hicieronle notable su osadía y sus proezas y consiguiendo por ellas ganarse el corazón y la mano de una princesa india.

El otro, Gerónimo de Aguilar, tenía diferente complejion; era hijo de Ecija. Había sido educado para la Iglesia, y á poco de ordenarse, se embarcó en una de las expediciones que iban á Santo Domingo desde donde pasó á Darien.

Adoptó para vivir entre los indios, un método distinto del de su compañero, y mas adecuado á su carácter y condición. En lugar de presentarse como héroe entre los hombres y como galán entre las mujeres, recordó sus sacerdotales obligaciones de humildad y castidad; constituyéndose en modelo de obediencia y mansedumbre con el cacique y sus guerreros, y cerrando los ojos á los encantos de las hermosuras infieles. Hizo mas en este último punto que fue reiterar sus votos eclesiásticos, haciendo á Dios solemne promesa de resistir á las tentaciones de la carne, para que le librase de las manos de los gentiles.

Tales eran las opuestas medidas que adoptaron el marinero y el santo, y ambos lograron ver coronados sus deseos. Aguilar con su ciega obediencia á cualquiera orden, por arbitraria y caprichosa que fuese, llegó á capturar la buena voluntad del cacique y de su familia. Taxmar, sin embargo, le sometió á muchas pruebas antes de concederle su entera confianza. Un día que los indios, pintados y adornados al estilo belicoso, se entretenían en tirar al blanco, uno de ellos, despues de mirar fijamente por largo espacio á Aguilar, se aproximó á él, y cogiéndole de un bra-

zo le dijo: ¿No ves como algunos de estos tiradores, si quieren dar en el ojo, dan en el ojo, y si en la boca, en la boca? ¿Qué dirías tú si te pusiesen allí en lugar del blanco y no te acertasen?

Aguilar se estremeció imaginando que podía ser víctima de algun cruel capricho de esta naturaleza; sin embargo, sobreponiéndose á su temor, contestó sumisamente: «Soy vuestro esclavo y podeis hacer de mí lo que quisieris; pero, sois demasiado sabios para matar á un infeliz que os es tan útil é inofensivo.» Esta respuesta agradó mucho al cacique, que había enviado secretamente al guerrero para convencerse de su humildad.

A otra prueba sometieron la virtud de Gerónimo, menos severa y terrible en verdad, pero igualmente dificultosa. El cacique había observado su ejemplar discreción con respecto al bello sexo pero no la creía sincera. Despues de haberle suscitado mil pequeños resbaladeros y tentaciones, á que Gerónimo opuso su santa abnegación, al fin determinó sujetarle á una prueba decisiva; mandóle, en consecuencia, á una partida de pesca, acompañado de una muchacha retozona de catorce años; debían pasar la noche á orillas del mar, para empezar la pesca al amanecer, sin mas lecho que una hamaca. El lance era apurado, no al parecer para la beldad india, pero sí para nuestro escrupuloso Gerónimo. Sin embargo, recordando sus dobles votos, suspendió la hamaca entre dos árboles, dejándola á su compañera; mientras él, encendiendo una hoguera en la playa, se tendió delante en la arena. Fue como él mismo confesó, una noche terrible para prueba, porque su cama de arena era tan fria y húmeda como la hamaca caliente y tentadora; y la jóven idólatra, instruida al intento, le asaltaba ademas con toda clase de zalamerias y reconvenções. Su resolución, sin embargo, aunque varias veces alterada, no llegó á succumbir, y vino la mañana sin que quebrantase su voto.

Concluida la pesca, volvieron á casa del cacique, en donde apremiaron á la jóven para que dijese la verdad: sabida esta, el triunfo de su abnegación se comunicó á todo el pueblo; desde entonces le contempló con extremado respeto, el cacique particularmente le trató con la mayor confianza, confiándole el cuidado, no solo de su casa, sino de sus mujeres, durante su ausencia.

Aguilar ambicionó subir á un puesto mas elevado entre los salvajes; pero, esto no era fácil de conseguir sino con hechos de armas: tenía á su vista el ejemplo del valiente marinero Gonzalo Guerrero, que había llegado á ser un distinguido capitán en la provincia de su residencia; de consiguiente, pidió á Taxmar que le habilitase un arco, flechas, escudo y clava, y le alistase entre sus guerreros. El cacique accedió y Aguilar se acostumbró pronto á estas nuevas armas, señalándose repetidas veces por sus superiores conocimientos en el arte de la guerra. Prestó á Taxmar importantes servicios, que excitaron la envidia de algunos caciques comareanos. Uno de ellos tuvo contestaciones con Taxmar porque se valía de un guerrero de diferente religion; insistiendo en que Aguilar debía ser sacrificado á sus dioses. «No, replicó Taxmar, yo no quiero dar tan baja recompensa á quien me ha prestado tan señalados servicios; seguramente los dioses de Aguilar deben ser buenos, supuesto que le ayudan tan eficazmente á sostener la justa causa.»

Irritóse tanto el otro cacique con esta réplica, que reunió sus guerreros y marchó contra Taxmar; algunos consejeros de este le amonestaban para que entregase á Aguilar, causa de las hostilidades; pero Taxmar rechazó tales consejos con desden y se preparó á combatir. Aseguróle Aguilar que si tenía fe en el dios de los cristianos sería recompensada con la victoria; concertando en seguida un plan de batalla que fue adoptado. Ocultóse con una partida de guerreros

escogidos entre la maleza; dejó pasar al enemigo para que atacase, y Taxmar y su huésped fingieron huir á la primera embestida. Los contrarios se arrojaron sobre ellos, llenos de confianza; visto lo cual por Aguilar y los suyos, les atacaron por la espalda. Taxmar volvió caras, y entre ambos los derrotaron con gran pérdida, cogiendo á muchos de sus gefes prisioneros. Con esta victoria consiguió Taxmar el mando absoluto sobre el país, y Aguilar se aseguró la gracia del cacique.

Algunos años habían transcurrido de este modo, cuando llegaron á la provincia partes de haber arribado á la vecina costa unos bajeles muy grandes, de maravillosa construcción, llenos de hombres blancos y barbudos, que peleaban lanzando truenos y rayos. Era la escuadra de Francisco Hernandez de Córdoba, en su viaje de descubierta. La noticia consternó al país; pues, si damos crédito á los antiguos escritores españoles, había una profecía muy acreditada entre aquellos salvajes, hecha en tiempos antiguos por un sacerdote llamado Chilam Cambal, que decía que unos hombres blancos y barbudos, procedentes de las regiones donde nace el sol, romperían los ídolos y subyugarían el país.

El corazón de Gerónimo de Aguilar latió con violencia oyendo hablar de buques europeos; sin embargo, hallábase muy distante de la costa y observó que los indios le vigilaban. Dificil era huir; de consiguiente, disimuló sus sentimientos y aparentó recibir la noticia con la mayor indiferencia y no tener el deseo de unirse con los extranjeros. Los buques desaparecieron de la costa, quedando él sumamente desconsolado; pero, en cambio, los naturales le dieron mayores pruebas, de aprecio y de confianza.

Al cabo de uno ó dos años; sus esperanzas volvieron á reanimarse con la llegada de otros buques á la costa; estos venían mandados por Juan de Grijalva, que costeó el Yucatan en 1518, pero Aguilar estaba tan celosamente observado por los indios, que no pudo hacer ninguna tentativa de huida, y cuando la escuadra dejó las costas, creyó que toda esperanza de salvación se había concluido para él.

Siete años llevaba de esclavitud, y había abandonado toda esperanza de volver á ver su país y sus amigos, cuando en 1519 llegaron un día al pueblo tres indios, naturales de la pequeña isla de Cozumel, situada á algunas leguas de distancia, á la parte opuesta de la costa del Este de Yucatan. Traían la noticia de otra visita de hombres blancos y barbudos, y uno de ellos entregó una carta á Aguilar: el salvaje estaba enteramente desnudo, y la había colocado entre las largas trenzas de sus cabellos, que llevaba rodeados á la cabeza.

Aguilar recibió la carta con la mayor admiración y regocijo, leyéndola en presencia del cacique y sus guerreros; venía dirigida por Hernán Cortés, que estaba entonces efectuando su grande expedición, á que dió cima la conquista de Méjico. Un temporal le había obligado á echar anclas en la isla de Cozumel, donde supo por los naturales que los indios tenían á varios hombres blancos cautivos en las vecinas costas de Yucatan; y siéndole imposible aproximarse al continente con sus buques logró convencer á fuerza de regalos á tres indios, quienes se encargaron de una embajada al país de los canibales, y de una carta para los esclavos blancos. Dos de las mas pequeñas carabelas de la escuadra, mandadas por Diego de Ordaz, llevaron la orden de desembarcar á los tres mensajeros en la punta de Cotoche, debiendo esperar allí ocho días su retorno.

Cortés informaba á los cautivos cristianos, acerca de la fuerza y destino de su escuadra: decíales que las carabelas los esperaban en la punta de Cotoche, con un rescate para libertarlos y los invitaba á que se reuniesen pronto á él en Cozumel.

La excesiva alegría de Aguilar al leer aquella carta, se moderó considerando los obstáculos que se oponían á que aprovechase tan inesperada ocasión de libertad. Se había hecho demasiado necesario al cacique para creer que este le concediese la libertad, y conocía muy bien el irritable temperamento y envidioso carácter de los salvajes, para no temer que una petición de licencia para marchar le atrajese los mas terribles castigos: imaginó, pues, influir en el ánimo del cacique, valiéndose del miedo. Con este fin, le dijo, que aquel pedazo de papel le traía una relación detenida de la grande armada que había llegado á las costas: describió el número de buques y varios pormenores pertenecientes á la escuadra; todo lo que era corroborado por el testimonio de los mensajeros. El cacique y sus guerreros quedaron admirados del singular método de comunicarse las noticias á larga distancia, y miraban la carta como una cosa misteriosa y sobrenatural. Aguilar no se descuidó en ponderar el terrible y sobrenatural poder de la gente de aquellos buques, que armados de rayos y truenos, destruían á cuantos no les prestaban obediencia, al paso que colmaban de beneficios á todos los que les correspondían con su amistad. Presentó tambien al cacique varios efectos traídos por los mensajeros, como prueba de las ventajas que podían prometerse de la amistad de aquellos hombres extraordinarios. Estas insinuaciones surtieron buen efecto: el cacique se amedrentó al oír la narración del sumo poder de los extranjeros, y al mismo tiempo le deslumbraron las vaguetas que veía ante sí; de consiguiente, encargó á Aguilar que fuese su embajador y mediador para con ellos.

Aguilar contempló con transporte la posibilidad de una pronta fuga; pero, en aquellos momentos de alegría, no se olvidó del único camarada que le quedaba de sus aventuras, y envió la carta de Cortés á Gonzalo Guerrero, amonestándole á que le acompañase. El esforzado marinero era un gran gefe en su provincia, y su esposa india le había favorecido con una numerosa prole; mas exaltóse su corazón pensando en su país nativo, y hubiera cedido á la tentación, abandonando honores, dignidades, su idólatra mujer y su prole medio salvaje, á no oponerse á sus deseos obstáculos insuperables aunque algo ridículos. Habiendo perdido hacia mucho tiempo toda esperanza de volver á la vida civilizada, se había conformado con las costumbres del país, y adoptado todos los signos y condecoraciones que debían distinguirlo, como guerrero y hombre de rango. Su cara y manos estaban pintados de colores indelebles; sus orejas y labios agujereados, para dar cabida á los adornos indios, y la nariz casi le tapaba la boca, á causa de habérsela inclinado hácia abajo una enorme argolla de oro con un tembleque de mucho peso.

Tan preciosamente pintado y desfigurado, el buen marinero comprendió, que aunque muy admirado en Yucatan, no estaba apto en España mas que para sufrir una gritería del populacho; de consiguiente, le pareció mejor permanecer grande hombre entre los salvajes, que correr el peligro de ser enseñado como una curiosidad en su país.

Viendo Gerónimo de Aguilar que se negaba á acompañarle, salió para la punta de Cotoche, escoltado por tres indios; el tiempo que había perdido esperando á Guerrero, por poco no destruyese sus esperanzas, pues cuando llegaron á la punta, la carabela enviada por Cortés había desaparecido. Empero, muchas cruces de cañas colocadas en distintos sitios daban muestras de la reciente presencia de los cristianos en aquel país.

La única esperanza que le quedaba, era que la escuadra de Cortés estuviese aun en la isla de Cozumel; pero, ¿cómo llegar hasta allí? Mientras vagaba desconsolado por la playa, tropezó con una canoa

medio enterrada entre arena y agua: entre él y los indios la limpiaron y pusieron á flote; y buscando siempre, encontraron una duela de un gran barril que les sirvió de remo. Era una embarcación muy débil para cruzar un brazo de mar de algunas leguas de anchura; pero no hubo remedio; pudo convencer á los indios á que le acompañasen, y se metieron en la canoa, costeano hasta llegar al punto mas angosto del estrecho, donde no habia mas que cuatro leguas de travesía; de allí remó directamente hácia Cozumel, luchando lo mejor que pudo con las corrientes, y al fin logró arribar á la isla.

No bien habia desembarcado, cuando una partida de españoles, saliendo de un matorral, se arrojó sobre ellos con espada en mano; los tres indios trataron de correr; pero Aguilar los detuvo, y llamando en alta voz á los españoles en su idioma, les aseguró que era cristiano. Entonces se hincó de rodillas, y levantando al cielo los ojos bañados en llanto, dió gracias al Criador por haberle devuelto á sus compatriotas.

Mirábanle estos asombrados; por su idioma le reconocian como español, pero toda su apariencia era de indio: estaba completamente desnudo, llevaba el pelo trenzado al rededor de la cabeza al uso del país, y su piel se habia tostado con el ardor del sol; tenia un arco en la mano, una aljaba á la espalda y un motal de red al costado con provisiones.

Los españoles eran una partida de exploradores, que Cortés habia enviado á observar la canoa que venia de Yucatan, perdida la esperanza de que ningún cautivo se le reuniese; pues la carabela estuvo inútilmente esperando todo el tiempo prefijado en Cotoche: prosiguió el célebre caudillo su viaje, mas, por fortuna, uno de los buques sufrió una avería, que le obligó á retroceder á Cozumel.

Cuando Gerónimo de Aguilar y sus compañeros llegaron á la presencia de Cortés, rodeado á la sazón de todos sus oficiales, hicieron una profunda reverencia y se pusieron en cuclillas, colocando los arcos y flechas á su lado; tocando en seguida el suelo con

## MICER CODRO, EL ASTROLOGO.

El historiador de Oviedo describe las aventuras del astrólogo italiano Micér Codro, que predijo el fin de Vasco Nuñez, con algunas particularidades que tocan en lo maravilloso. Parece que despues del fallecimiento de su protector, continuó por espacio de muchos años vagando por el Nuevo Mundo en la comitiva de los descubridores españoles; pero ocupado en los estudios de la historia natural, mas bien que en busca de tesoros.

En el transcurso de sus correrías iba una vez costeando las playas del océano del Sur, á bordo de un buque mandado por un tal Gerónimo de Valenzuela, el cual le trató con tanta crueldad, que le ocasionó la muerte, aunque no se dice qué clase de crueldades fuesen.

Viendo que iba á espirar, el desgraciado astrólogo dirigió la palabra á Valenzuela del modo mas solemne: «Capitán, le dijo, habeis causado mi muerte con vuestra crueldad; y yo os cito ante el tribunal de Dios en el término de un año!»

El capitán le contestó con sarcasmo, mofándose de su emplazamiento.

Se hallaban entonces en la costa de Veragua, cerca de las verdes islas de Zebaco, situadas á la entrada

de la mano derecha mojada en saliva, se frotaron la region del corazon, en señal del mas humilde respeto.

Cortés dió á Aguilar la mas afectuosa bienvenida, y levantándole del suelo, le cubrió con una capa amarilla con listas encarnadas, que él mismo llevaba; sin embargo, como el último hacia tanto tiempo que andaba desnudo, érale al principio insoportable tal cobertura, y tan acostumbrado estaba á los manjares del país, que le fue difícil reconciliar su estómago con la carne y el vino que le presentaron.

Luego que se hubo repuesto de la fuerte conmoción que esperimentó viéndose entre cristianos, refirió á Cortés las particularidades de su historia, y supo este que era pariente de uno de sus mayores amigos, el licenciado Marcos de Aguilar; por cuyo motivo le trató con mayor interés y consideración, y le retuvo junto á sí para que le sirviese de intérprete en su grande expedición á Méjico.

La alegría de Gerónimo de Aguilar se disipó luego que supo los desastres ocurridos en su familia. Pedro Mártir cuenta una patética anécdota, alusiva al efecto que produjo en la madre del aventurero, el vago rumor de que su hijo habia caído en manos de los canibales. Cuantas horrosas relaciones circulaban en España acerca del trato dado por estos salvajes á sus prisioneros, se agolpaban á su imaginación, y le trastornaron. Siempre que veia carne asada, ó simplemente puesta en el asador, alborotaba la casa con sus gritos... «¡Oh, desgraciada madre! ¡oh, la mas miserable de todas las mujeres! exclamaba, ¡mirad los miembros de mi hijo asesinado!» (1)

Es de esperar que las noticias de la libertad de su hijo surtiesen un efecto favorable sobre sus facultades intelectuales, y que viviese para regocijarse con su ulterior fortuna. Aguilar sirvió á Hernán Cortés con mucho valor y habilidad en los negocios de la conquista de Méjico, unas veces como soldado, otras como intérprete y embajador cerca de los indios; y en pago de su fidelidad y servicios, fue nombrado regidor de Méjico.

del golfo de Parita ó París. El pobre astrólogo dirigia ávidamente sus moribundos ojos á aquellos espesos bosques, y suplicó al piloto de la carabela que le embarcase en una de las islas, para morir en paz: «Micér Codro, respondió el piloto, esas no son islas, sino puntas de tierra: no hay ninguna isla por aquí cerca.—Si que las hay, replicó el astrólogo; dos grandes y hermosas islas, abundantes en agua que brota á pocos pasos de la costa; existe en ellas una espaciosa bahía con su puerto. Os suplico que desembarqueis: siquiera tendré ese gusto antes de morir.»

El piloto, cuyo rudo carácter se habia conmovido por el estado del desgraciado astrólogo, accedió á su súplica y le condujo á la playa, donde vió que el aspecto de la costa era exactamente tal como él se la habia descrito. Le colocó á la sombra, sobre la verde yerba, en donde el infeliz aventurero espiró. Entonces el piloto abrió una sepultura al pié de un árbol; enterróle allí con toda la decencia posible y esculpió una cruz en el tronco del árbol para marcar el sitio donde estaba la sepultura.

(1) Pedro Mártir, decad. ix, c. 6.

Algun tiempo despues, el historiador Oviedo aportó á aquella isla con el mismo piloto, quien le enseñó la cruz, y le habló del buen carácter y virtuosa conducta de Micér Codro. Oviedo se paró á contemplar la innominada tumba, y dió al pobre astrólogo un elogio propio de erudito.—«Murió como Plinio, dijo, en

el cumplimiento de sus deberes, viajando por el mundo para explorar secretos de la naturaleza.» Segun él, la predicción de Micér Codro con respecto á Valenzuela, tuvo igual resultado que la de Vasco Nuñez. ¡El capitán murió dentro del término que él le habia prefijado para comparecer ante el tribunal de Dios. (1)

## JUAN PONCE DE LEON,

CONQUISTADOR DE PUERTO-RICO Y DESCUBRIDOR DE LA FLORIDA.

### CAPITULO PRIMERO.

Expedición de Juan Ponce de Leon para explorar la isla de Boriquen.

(1508.)

HABIAN ya pasado muchos años desde el descubrimiento y colonización de Haiti y la vecina isla de Boriquen, ó como la llamaban los españoles de San Juan (despues Puerto-Rico), permanecía aun ignorada. Era magnífica la vista que presentaban desde el mar sus altas montañas rodeadas de espesos bosques; tenia tambien anchos y fértiles valles siempre verdes con las continuas lluvias, abundantes ríos, y total ausencia de los hielos del invierno, en aquellas latitudes.

Varios buques habian fondeado allí casualmente, pero la tripulación nunca penetró en el interior; sin embargo, era evidente que estaba bien poblada, por la porción de aldeas y casas que se divisaban, y por el humo que salia de entre los árboles en todas direcciones. Sus habitantes continuaban gozando todavía de su indolente vida y libertad, sin experimentar ninguno de los males que oprimian á sus vecinos de Haiti; hábiles, empero, llegado la hora de participar de la suerte comun á todos sus hermanos, y sucumbir bajo el yugo europeo.

Cuando Nicolás de Ovando, gobernador de la Española, emprendió la devastación de la gran provincia de Higüey, situada al Este de Haiti, envió al frente de una parte de las tropas á un veterano llamado Juan Ponce de Leon. Era natural de Leon y habia sido en su infancia paje de Pedro Nuñez de Guzman, señor de Toral (2). Desde muy jóven se adiestró en el arte de la guerra, habiendo servido en varias campañas contra los moros de Granada; acompañó á Colon en su segundo viaje (1493), y despues, segun se cuenta, fue uno de los parciales de Francisco Roldán, en su rebelion contra el Almirante. Habiéndose distinguido en varias batallas contra los indios y adquirido gran fama por su valor y sagacidad, le confió Ovando un cuerpo de tropa, aunque subordinado á Esquivel, en la campaña contra Higüey, donde auxilió á su jefe con tanta valentía, que una vez subyugada la provincia, le confirieron el mando de ella, como teniente del gobernador de la Española.

Juan Ponce de Leon tenia tal pasión por las aventuras guerreras, que le mortificaba la vida tranquila; así es, que al poco tiempo de estar mandando en paz su provincia de Higüey, no pudo mirar con ojos indiferentes las verdes montañas de Boriquen; se hallaban estas en dirección opuesta, como á unas doce ó catorce leguas de distancia; por lo que las distinguia

(1) Oviedo, Hist. Gen. i. xxxix, c. 2.

(2) Incas, Garcilaso de la Vega, Hist. Florida, t. iv, c. 31.

perfectamente, al través de la trasparente atmósfera de los trópicos. Los indios de ambas islas se hacian frecuentes visitas, y por este medio Juan Ponce supo que las montañas que veia á lo lejos abundaban en oro. Inmediatamente el gobernador Ovando le dió permiso para explorar la isla, y se embarcó en una carabela año 1508 con algunos españoles y unos cuantos indios que le sirviesen de intérpretes y de guías.

Despues de un feliz viaje desembarcó en las selváticas costas de Boriquen, cerca de la residencia del principal cacique Agüeybaná, á quien halló patriarcalmente sentado á la sombra de sus bosques, rodeado de su familia, compuesta de su madre, su padrastro, un hermano y una hermana, los cuales se disputaban el honor de agasajar á los extranjeros. Juan Ponce fue contado en el número de la familia, y el cacique cambió nombres con él, lo que significaba entre los indios una indisoluble amistad. El caudillo español dió nombres cristianos á la madre y al padrastro del cacique; y los hubiera bautizado con mucho gusto, á no escusar ellos la ceremonia; sin embargo de lo cual, siempre se manifestaron orgullosos con los nombres que él les puso.

Deseoso el cacique de agasajar á sus huéspedes, los condujo á varias partes de la isla, y vieron que el interior correspondia perfectamente con las apariencias exteriores; era agreste y montañosa, pero tenia bosques magníficos y ricos y profundos valles, fertilizados por lípidas corrientes. Juan Ponce suplicó al cacique que le mostrase las riquezas de la isla, y el sencillo indio le señaló los productivos campos de Inca, los árboles cargados de deliciosas frutas y las dulces y cristalinas fuentes.

Juan Ponce apreciaba en poco semejantes riquezas, y le preguntó si la isla no producía oro; en contestación á esta pregunta, el cacique le condujo á dos ríos, el Manatuabon y el Zebuco, cuyos guijarros parecían ricamente jaspeados de aquel metal, y en el fondo de los cuales se veian brillar unas como cuentas al través de las cristalinas aguas; los indios sacaron de las mayores y las entregaron á sus huéspedes. La cantidad que recogieron confirmó las conjeturas de Juan Ponce, y dejando algunos compañeros suyos en casa del benévolo cacique, retornó á Haiti, á dar cuenta de los resultados de su expedición. Presentó las muestras del oro al gobernador Ovando, y habiéndolo este probado en un crisol, halló que no era tan fino como el de la Española; pero suponiendo que lo habria en gran cantidad, determinó someter la isla y dió á Juan Ponce el encargo de llevar á cabo la empresa.

### CAPITULO II.

Juan Ponce de Leon aspira al gobierno de Puerto-Rico. (1509.)

Los naturales de Boriquen eran mas guerreros que los de la Española, pues estaban acostumbrados á